

haría donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Chololla, con los de Tlaxcallán, como ya en tiempo pasado solían ser, sino que Motezuma y los otros reyes antes de él los habían enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

Chololla santuario de indios

Es Chololla república como Tlaxcallán, y tiene uno que es capitán general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mil casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es de las más hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos más; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil disposición y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, belicosos y buenos maestros de cualquier cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornoces moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religión de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenía tantos templos. El principal era el mejor y más alto de toda la Nueva-España, que subían á la capilla por ciento veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Que-

zalcouath, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una de ellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco más de veinte días que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venían en este tiempo tantos á contratar, que ponían admiración, y una de las cosas de ver que en los mercados había, era la loza, hecha de mil maneras y colores.

Del monte que llaman Popocatepec

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y había tanta ceniza, que impedía el camino; y así, se querían tornar. Pero los dos que debían ser más animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razón á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guías los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habían hollado pies ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato y figuróseles que tenía media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo,

mas como un horno de vidrio cuando más hierve. Era tanto el calor y humo, que se tornaron presto por las mismas pisadas que fueron, por no perder el rastro y perderse. Apenas se hubieron desviado y andado un pedazo, que comenzó á lanzar ceniza y llama, y luego ascuas; y al cabo muy grandes piedras de fuego ardientes; y si no hallaran do meterse debajo de una peña, perecieran allí abrasados; y como trajeron buenas señas, y volvieron vivos y sanos, vinieron muchos indios á besarles la ropa y á verlos, como por milagro ó como á dioses, dándoles muchos presentillos: tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que mal gobiernan ó tiranizan van, después de muertos, á purgar sus pecados, y de allí al descanso. Esta sierra, que llaman Vulcán, por la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda, y que jamás le falta nieve. Parece de muy lejos, las noches, que echa llama. Hay cerca de él muchas ciudades, pero la más cercana es Huexocinco. Estuvo diez años y más que no echó humo, y el año de 1540 tornó como primero, y antes trajo ruido, que puso espanto á los vecinos que estaban á cuatro leguas y más aparte. Salió mucho humo y tan espeso, que no se acordaban su igual. Lanzó tanto y tan recio fuego, que llegó la ceniza á Huexocinco, Quetlaxcoapán, Tepejacac, Cuauhquecholla, Chololla y Tlaxcallán, que está á diez leguas, y aún dicen que llegó á quince. Cubrió el campo, y quemó la hortaliza y los árboles, y aun los vestidos.

La consulta que Motezuma tuvo para dejar á Cortés ir á Méjico

No quisiera Cortés reñir con Motezuma antes de entrar en Méjico; mas tampoco quería tantas palabras, excusas y niñerías como le decían. Quejóse reciamente á sus em-

bajadores que un tan gran príncipe, y que con tantos y tales caballeros le había dicho que era su amigo, buscarse maneras de matarle ó dañar con mano ajena, por excusarse si no le sucedía; y pues no guardaba su palabra ni mantenía verdad, que, como quería ir antes amigo y de paz, determinaba ya ir como enemigo y de guerra; que ó sería con bien ó con mal. Ellos dijeron sus disculpas, y rogaron que perdiese la saña y enojó, y que diese licencia á uno para ir á Méjico, y volver con rēspuesta presto, pues había poco camino. Él dijo que fuése mucho enhorabuena. Fué uno, y á los seis días tornó con otro compañero que fuera poco antes, y trajéronle diez platos de oro, mil y quinientas mantas de algodón, mucha suma de gallipavos, de pan y cacao, y cierto vino que ellos confeccionan de aquellos cacaos y centli, y negaron que no había entrado en la conjuración de Chololla, ni había sido por su mandado ni consejo, sino que aquella gente de guarnición que allí estaba era de Acacinco y Azacán, dos provincias suyas, y vecinas de Chololla, con quien tenían alianza y comparanzas de vecindad; los cuales, á inducimiento de aquellos bellacos, urdirían aquella maldad: y que adelante sería buen amigo, como vería, y como lo había sido; y que fuése, que en Méjico le esperaría; palabra que plugo mucho á Cortés. Motezuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Chololla, y dijo: «Esta es la gente que nuestro dios me dijo que había de venir y señorear esta tierra;» y fuése luego á visitar los templos, y encerróse en uno, donde estuvo en oración y ayuno ocho días. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarían enojados. Allí le habló el diablo, esforzándole que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos haría de ellos á su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le aconteciese algún desastre; y tuviese favorables á Vitzcilopuchtli y Tezcatlipuca para guardarle; porque Quetzalcoatl, dios de Chololla, estaba enojado porque le sacrificaban pocos y mal, y no fué contra los españoles. Por

lo cual y porque Cortés le había enviado á decir que iría de guerra, pues de paz no quería, otorgó que fuése á Méjico y á verle. Ya Cortés cuando llegó á Chololla iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho más, ca luego voló la nueva y fama por toda aquella tierra y señorío del rey Motezuma, y de como hasta entonces se maravillaban, comenzaron dende en adelante á temerle; y así, de miedo, mas que por amor, le abrían las puertas á do quiera que llegase. Quería Motezuma al principio hacer con Cortés que no fuése á Méjico poniéndole muchos temores y espantos; ca pensaba que temería los peligros del camino, la fortaleza de Méjico, la muchedumbre de hombres y su voluntad, que era más fuerte cosa, pues cuantos señores había en aquella tierra, la temían y obedecían, y para esto tuvo gran negociación; mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pedía y tomaba oro. Empero como siempre porfiaba á verle y llegar á Méjico, preguntó al diablo lo que hacer debía sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes; ca no le pareció de hacerle guerra, que le sería deshonra tomarse con tan pocos extranjeros, y que decían ser embajadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo más cierto; pues estaba claro que luego serían con él los otomíes y tlaxcaltecas, y otras muchas gentes, para destruir los mejicanos. Así que se declaró á dejarlo entrar en Méjico llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana, si lo enojasen.

Lo que avino á Cortés, de Chololla hasta llegar á Méjico

Habida tan buena respuesta como le dieron los embajadores de Méjico, dió Cortés licencia á los indios amigos que se quisiesen volver á sus casas, y partióse de Chololla con

algunos vecinos que seguirle quisieron, y no quiso echar por el camino que le mostraban los de Motezuma, porque era malo y peligroso, según lo vieron los españoles que fueron al Vulcán, y porque le querían saltar en él, á lo que cholollanos decían; sino por otro más llano y más cerca. Reprendidos por ello, respondieron que lo guiaban por allí, aunque no era buen camino, porque no pasase por tierra de Huexocinco, que eran sus enemigos. No caminó aquel día sino cuatro leguas, por dormir en unas aldeas de Huexocinco, donde fué bien recibido y mantenido, y aun le dieron algunos esclavos, ropa y oro. aunque poco; que poco tienen y son pobres, á causa de tenerlos acorralados Motezuma, por ser de la parcialidad de Tlaxcallán. Otro día, antes de comer, subió un puerto entre dos sierras nevadas, de dos leguas de subida. Donde, si los treinta mil soldados que habían venido para tomar los españoles en Chololla esperaran, los tomaban á manos, según la nieve y frío les hizo en el camino. Dende aquel puerto se descubría tierra de Méjico, y la laguna con sus pueblos al rededor, que es la mejor vista del mundo. Cuanto Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros, y aun hubo entre ellos diversos pareceres si llegarían allá ó no, y dieron muestra de motín; pero él, por su prudencia y disimulación, se lo deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dió, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban. En bajando á lo llano, de la otra parte halló una casa de placer en el campo, harto grande y buena; y tal, que cupieron todos los españoles holgadamente, y hasta seis mil indios que llevaba de Cempoallán, Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla, aunque para los tamemes hicieron los de Motezuma chozas de paja. Tuvieron buena cena y grandes fuegos para todos, que criados de Motezuma proveían copiosamente, y aun les tenían mujeres. Allí le vinieron á hablar muchos principales señores de Méjico, y entre ellos un pariente de Motezuma. Dieron á Cortés tres

mil pesos de oro, y rogáronle que se volviese por la pobreza, hambre y ruin camino, que se anda por barquillos, y que allende del peligro de se ahogar, no tendría qué comer, y que le daría mucho, y más el tributo que le pareciese, para el emperador que le enviaba, puesto cada un año en la mar ó do quisiese. Cortés los recibió como era razón, y les dió cosillas de España, especial al pariente del gran señor; y díjoles que de buena gana holgaría servir á tan poderoso príncipe, si pudiera sin enojar al Rey, y que de su ida no le vendría sino mucho bien y honra; y que pues no había de hacer más de hablarle y volverse, que de lo que tenían para sí, habría para todos qué comer, y que aquella agua no era nada en comparación de dos mil leguas que había venido por mar para solamente verlo y comunicarle ciertos negocios de mucha importancia. Con todas estas pláticas, si lo hallaran descuidado, lo acometieran, que venían muchos para tal efecto, como dicen algunos. Pero él hizo saber á los capitanes y embajadores cómo los españoles no dormían de noche, ni se desnudaban armas ni vestidos; y que si alguno veían en pie ó andar entre ellos, le mataban luego, y él no se lo resistía; por tanto, que lo dijese así á sus hombres, para que se guardasen; que le pesaría si alguno de ellos muriese allí; y con esto pasó la noche. En amaneciendo otro día se partió, y fué á Amaquemacán, dos leguas, que cae en la provincia de Chalco; lugar que, con las aldeas, tiene veinte mil vecinos. El señor de allí le dió cuarenta esclavas, tres mil pesos de oro, y de comer dos días abundantemente, y aun de secreto muchas quejas de Motezuma. De Amaquemacán fué cuatro leguas otro día á un pequeño lugar, poblado la mitad en agua de laguna y la otra mitad en tierra, al pie de una sierra áspera y pedregosa. Acompañáronle muy muchos de Motezuma, que le proveyeron; los cuales con los del pueblo quisieron pegar con los españoles, y enviaron sus espías á ver qué hacían la noche. Pero las que Cortés puso, que eran españoles, mataron de ellas

hasta veinte, y allí paró la cosa, y cesaron los tratos de matar los españoles; y es cosa para reír que á cada triquete quisiesen y tentasen matarlos, y no fuesen para ello. Luego á otro día, bien de mañana, viendo que se partía el ejército, llegaron allí doce señores mejicanos; pero el principal era Cacamacín, sobrino de Motezuma, señor de Tezcucuo, mancebo de veinticinco años, á quien todos acataban mucho. Venía en andas á hombros, y como le abajaran de ellas, le limpiaban las piedras y pajas del suelo que pisaba. Estos venían á irse acompañando á Cortés, y disculparon á Motezuma, que por enfermo no venía él mismo á lo recibir allí. Todavía porfiaron que se tornasen los españoles y no llegasen á Méjico, y dieron á entender que les ofenderían allá, y aun defenderían el paso y entrada: cosa que facilísimamente podían hacer; mas empero andaban ciegos, ó no se atrevieron á quebrar la calzada. Cortés les habló y trató como quien eran, y aun les dió cosas de rescate. Salió de aquel lugar muy acompañado de personas de cuenta, á quien seguían infinitísimos otros, que no cabían por los caminos, y también venían muchos de aquellos mejicanos á ver hombres tan nuevos, tan afamados; y maravillados de las barbas, vestidos, armas, caballos y tiros, decían: «Estos son dioses.» Cortés les avisaba siempre que no atravesasen por entre los españoles ni caballos, si no querían ser muertos. Lo uno, porque no se desvergonzasen con las armas á pelear, y lo otro, porque dejasen abierto camino para ir adelante, que los traían rodeados. Así pues fué á un lugar de dos mil fuegos, fundado todo dentro en agua, y que hasta llegar á él anduvo más de media legua por una muy gentil calzada, y ancha más de veinte pies. Tenía muy buenas casas y muchas torres. El señor de él recibió muy bien á los españoles, y los proveyó honradamente, y rogó que se quedasen á dormir allí, y aun secretamente se quejó á Cortés de Motezuma por muchos agravios y pechos no debidos, y le certificó que había camino, y bueno, hasta Méjico, aunque por cal-

zada como la que pasara. Con esto descansó Cortés, ca iba con determinación de parar allí y hacer barcas ó fustas; mas todavía quedó con miedo no le rompiesen las calzadas, y por eso llevó grandísima advertencia. Cacama y los otros señores le importunaron que no se quedase allí, sino que se fuese á Iztacpalapán, que no estaba sino dos leguas adelante, y era de otro sobrino del gran señor. Él hubo de hacer lo que tanto le rogaban aquellos señores, y porque no le quedaban sino dos leguas de allí á Méjico, que podría entrar al otro día con tiempo y á su placer. Fué pues á dormir á Iztacpalapán, y allende que de dos en dos horas iban y venían mensajeros de Motezuma, le salieron á recibir buen trecho Cuetlauac, señor de Iztacpalapán, y el señor de Culuacán, también pariente suyo. Presentáronle esclavas, ropa, plumajes y hasta cuatro mil pesos de oro. Cuetlauac hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos á su manera. Tenían frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenían también una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual había de todas suertes de peces; y acuden á ella muchas garcetas, labancos, paviotas y otras aves, que cubren en veces la agua. Es Iztacpalapán de hasta diez mil casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra.

Cómo salio Motezuma á recibir á Cortés

De Iztacpalapán á Méjico hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella á la par, y tan derecha como hecha por nivel, y quien buena vista tenía, alcanzaba á ver las puertas de Méjico. Á los lados de ella están Mixicalcinco, que es de cerca de cuatro mil casas, toda dentro en agua; Coioacán, de seis mil, y Vicilopuchtli, de cinco. Tienen estas ciudades muchos templos, con tantas torres, que las hermocean, y gran trato de sal, porque allí la hacen y venden, ó llevan fuera á ferias y mercados. Sacan agua de la laguna, que es salada, por arroyuelos á hoyos de tierra, y en ellos se cuaja; y así, hacen pelotas y panes de sal, y también la cuecen, y es mejor, pero más embarazosa. Era gran renta para Motezuma. En esta calzada hay, de trecho á trecho, puentes levadizas sobre los ojos por do corre la agua de la una laguna á la otra. Por esta calzada fué Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos atrás que pacificó. Apenas podía andar, con la apretura de la mucha gente que á ver los españoles salía. Llegó cerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con esta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres á los lados, y en medio un potril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesianos y ciudadanos á recibirle, vestidos ricamente á su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como á Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase, y pasaba adelante por la orden que venían. Tardaron una hora en esto, y fué cosa mucho de mirar. Desde el baluarte si-gue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el

ojo de la cual corre la agua y entra de la una en la otra. Hasta esta puente salió Motezuma á recibir á Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venían todos tres á una manera riquísimamente ataviados, salvo que el señor traía unos zapatos de oro y piedras engastonadas que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan á lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo; no pisase en la tierra. Seguían luego doscientos señores como en procesión, todos descalzos, y con ropas de otra más rica librea que los tres mil primeros. Motezuma venía por medio de la calle, y éstos detrás y arrimados cuanto podían á las paredes, los ojos en tierra, por no mirarle á la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fuéle á abrazar á nuestra costumbre. Los que le traían de brazo le detuvieron, que no llegase á él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Motezuma se fué delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano á Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando á ir, llegaron los de la librea uno á uno á hablar y darle el parabién de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse á su orden y lugar. No acabaran aquel día si todos los de la ciudad hubieran, como querían, de saludarle; mas como el Rey iba delante, volvían todos las caras á la pared, y no osaban llegar á Cortés. Á Motezuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno de ellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de á jeme cada uno; y púsose los al pescuezo con sus propias manos,

que lo tuvieron á favor grandísimo, y se maravillaron de ello. Ya en esto acababan de pasar la calle, que es un tercio de legua, ancha, derecha y muy hermosa, y llena de casas por entrambas aceras; en cuyas puertas, ventanas y azoteas había tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase más, ó los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad tenía, ó ellos de la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran. Llegaron pues á un patio grande, recámara de ídolos, que fué casas de Axaiaca. Á la puerta tomó Motezuma de la mano á Cortés, y metiólo dentro á una gran sala; púsose en un rico estrado, y díjole: «En vuestra casa estáis; comed, descansad, y habed placer; que luego torno.» Tal como habéis oído fué el recibimiento que á Fernando Cortés hizo Motezumacín, rey poderosísimo, en su gran ciudad de Méjico, á 8 días del mes de noviembre, año de 1519 que Cristo nació.

La oración de Motezuma á los españoles

Era esta casa en que los españoles estaban aposentados muy grande y muy hermosa, con salas asaz largas y otras muchas cámaras, donde muy bien cupieron ellos y todos casi los indios amigos que los servían y acompañaban armados; y estaba toda ella muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchos colores; que había bien que mirar en todo. Como Motezuma se fué, repartió Cortés el aposento, y puso la artillería de cara á la puerta, y luego comieron una buena comida; en fin, como de tan gran rey á tal capitán. Motezuma, luego que comió, y supo que los españoles habían comido y reposado, volvió á Cortés, saludóle, sentóse junto en otro estrado que le pusieron, dióle muchas y diversas joyas de oro, plata, pluma, y seis mil ropas de algodón ricas, labra-

das y tejidas de maravillosos colores; cosa que manifestó su grandeza, y confirmó lo que traían imaginado por los presentes pasados. Todo esto hizo con mucha gravedad, y con la misma dijo, según Marina y Aguilar declaraban: «Señor y caballeros míos, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, según vuestro merecimiento y estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrádeses acá, era porque los míos tenían grandísimo miedo de veros; ca espantábades á la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíades unos animales que tragaban los hombres, y que como veníades del cielo, abajábades de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíades temblar la tierra, y feríades al que os enojaba ó al que os antojaba; mas empero como ya agora conozco que sois hombres mortales, mas de bien, y no hacéis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parecen cerbatanas, tengo por burla y mentira lo que me decían, y aun á vosotros por parientes; ca, según mi padre me dijo, que lo oyó también al suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que dende á poco se fué á su naturaleza; y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. Él se volvió muy descontento de ellos, y les dijo á la partida que enviaría sus hijos á que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. Á esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían los de aquellas partes á nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de dónde venís, y la noticia que decís que ese vuestro gran rey emperador que os envía, ya de nos tenía. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedeceremos, si ya no traéis algún engaño ó cautela, y partiremos con vos y los vuestros lo que tuviéremos. Y ya que

esto que digo no fuese, por sola vuestra virtud y fama y obras de esforzados caballeros, lo haría muy de buena gana; que bien sé lo que hicistes en Tabasco, Teoacacincio y Chololla y otras partes, venciendo tan pocos á tantos; y si traéis creído que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han hablado los de Cempoallán, Tlaxcallán y Huexocincio y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creéis, y que conocéis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tocad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey, me tengo en más, por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto á lo demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas, y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos á esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros tendréis siempre que lo quisiéredes; entre tanto holgad, que vendréis cansados.» Cortés le hizo una gran medida, y con alegre semblante, porque le saltaban algunas lágrimas, le respondió que, confiado de su clemencia y bondad, había insistido en verle y hablarle, y que conocía ser todo mentira y maldad lo que de él le habían dicho aquellos que le deseaban mal, como él también veía por sus mismos ojos las burlerías y consejas que de los españoles le contaran; y que tuviese por certísimo que el Emperador, rey de España, era aquel su natural señor á quien esperaba, cabeza del mundo y mayorazgo del linaje y tierra de sus antepasados; y en lo que tocaba al tesoro, que se lo tenía en muy gran merced. Tras esto preguntó Motezuma á Cortés si aquellos de las barbas eran todos vasallos ó esclavos suyos, para tratar á cada uno como quién era. Él le dijo que todos eran sus hermanos, amigos y compañeros, sino algu-

nos que eran criados; y con tanto, se fué á Tecpán, que es palacio, y allá se informó particularmente de las lenguas, cuáles eran ó no caballeros, y según le informaron, así les envió el dón; si era hidalgo y buen soldado, bueno y con mayordomo, y si no, y marinero, no tal y con la cayo.

De la limpieza y majestad con que se servía Motezuma

Era Motezuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, según son todos los indios. Traía cabello largo, tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, que se hacía temer y acatar. Motezuma quiere decir hombre sañudo y grave. Á los nombres propios de reyes, de señores y mujeres, añaden esta sílaba *cin*, que es por cortesía ó dignidad, como nosotros el don, turcos sultán, y moros mulei; y así, dicen Motezumacín. Tenía con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle á la cara, sino era á poquísimos y grandes señores. Con los españoles, que se holgaba de su conversación, ó porque los tenía en mucho, no los consentía estar en pie. Trocaba con ellos sus vestidos al día, y ninguno tornaba á vestir segunda vez. Estas ropas se guardaban para dar albricias, para hacer presentes, para dar á criados y mensajeros, y á soldados que pelean y prenden algún enemigo, que es gran merced y como un privilegio; y de éstas eran aquellas muchas y lindas mantas que por tantas veces envió á Fernando Cortés. Andaba Motezuma muy pulido y limpio á maravilla; y así, se bañaba dos veces cada día; pocas veces salía fuera de la cámara, si no era á comer; comía siempre solo, mas solem-

nemente y en grandísima abundancia; la mesa era una almohada ó un par de cueros de color, la silla un banquillo bajo; de cuatro pies, hecho de una pieza, cavado el asiento, labrado muy bien y pintado; los manteles, pañuelos y tohallas, de algodón, muy blancas, nuevas, flamantes, que no se ponían más de aquella vez. Traían la comida cuatrocientos pajes, caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en la sala; salía él, miraba las viandas, y señalaba las que más le agradaban. Luego ponían debajo de ellas braseros con ascuas, porque ni se enfriasen ni perdiesen el sabor; y pocas veces comía de otras, si no fuese algún buen guisado que le loasen los mayordomos. Antes que se sentase venían hasta veinte mujeres suyas de las más hermosas ó favoridas ó semaneras, y servíanle las fuentes con grande humildad; tras esto se sentaba, y luego llegaba el maestresala, y echaba una red de palo, que atajaba la mesa de la gente, que no cargase encima; y él solo ponía y quitaba los platos; que los pajes no llegaban á la mesa ni hablaban palabra, ni aun hombre de cuantos allí estaban, entre tanto que el señor comía, sino fuese truhán, ó alguno que le preguntase algo, y todos estaban y servían descalzos. El beber no era con tanta ceremonia ni pompa; asistían á la contina al lado del Rey, aunque algo desviados, seis señores ancianos, á los cuales daba algunos platos del manjar que le sabía bien. Ellos los tomaban con gran reverencia, y los comían luego allí con mayor respeto, sin le mirar á la cara, que era la mayor humildad que podían mostrar delante de él. Tenía música, comiendo, de zampoña, flauta, caracol, hueso y atabales y otros instrumentos así; que mejores no los alcanzan, ni voces, digo, que no sabían canto, ni eran buenas. Había siempre al tiempo de la comida enanos, jibados, contrahechos y otros así, y todos por grandeza ó por risa; á los cuales daban de comer con los truhanes y chocarros al cabo de la sala de los relieves. Lo demás que sobraba comían tres mil de guardia ordinaria, que estaban

en los patios y plaza; y por esto dicen que se traían siempre tres mil platos de manjar y tres mil jarros de bebida y vino que ellos usan, y que nunca se cerraba la botillería ni despensa, que era cosa de ver lo que en ellas había. No dejaban de guisar ni tener cada día de cuanto en la plaza se vendía, que era, según después diremos, infinito, y mas lo que traían cazadores, renteros y tributarios. Los platos, escudillas, tazas, jarros, ollas y el demás servicio era todo de barro y muy bueno, si lo hay España, y no servía al Rey más de una comida. También tenía vajilla de oro y plata grandísima, pero poco se servía de ella: dicen que por no servirse dos veces con ella, que parecía bajeza. Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comía Motezuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comía carne humana; y esto no era de ordinario. Alzados los manteles, llegaban aquellas mujeres, que aún todavía se estaban allí en pie, como los hombres, á darle otra vez agua-manos con el acatamiento que primero, é ibanse á su aposento á comer con las demás; y así hacían todos, salvo los caballeros y pajes que les tocaba la guarda.

De los jugadores de pies

Quitada la mesa, ida la gente, y estándose aún Motezuma sentado, entraban los negociantes descalzos, que todos se descalzaban para entrar en palacio los que traían zapatos, si no eran los muy grandes señores, como los de Tezcuco y Tlacopán, y otros pocos sus parientes y amigos. Venían pobremente vestidos; si eran señores ó ricoshombres, y hacía frío, poníanse mantas viejas ó groseras y ruines sobre las finas y nuevas; pero todos hacían tres ó cuatro reverencias. No le miraban al rostro, hablaban humillados y andaban para atrás. Él les respondía muy me-

surado, muy bajo y en poquitas palabras, y aun no todas veces ni á todos; que otros sus secretarios ó consejeros, que para esto estaban allí, respondían; y con tanto se tornaban á salir sin volver las espaldas al Rey. Tras esto tomaba algún pasatiempo, oyendo música y romances, ó truhanes, de que mucho holgaba, ó mirando unos jugadores que hay allá de pies, como acá de manos; los cuales traen con los pies un palo como un cuartón, rollizo, parejo y liso, que arrojan en alto y lo recogen, y le dan dos mil vueltas en el aire tan bien y presto, que apenas se ve cómo; y hacen otros juegos, monerías y gentilezas por gentil concierto y arte, que pone admiración. Á España vinieron después algunos con Cortés que jugaban así de pies, y muchos los vieron en corte. También hacían matachines; ca se subían tres hombres uno sobre otro de pies llanos en los hombros, y el postrero hacía maravillas. Algunas veces miraba Motezuma cómo jugaban al patoliztli, que parece mucho al juego de las tablas, y que se juega con habas ó frisoles rajados, como dados de harinillas, que dicen patolli; los cuales menean entrambas manos, y los echan sobre una estera ó en el suelo, donde hay ciertas rayas como alquerque, en que señalan con piedras el punto que cayó arriba, quitando ó poniendo china. A esto juegan cuanto tienen, y aun muchas veces los cuerp para esclavos, los tahures y hombres bajos.

Del juego de la pelota

Otras veces iba Motezuma al tlachtli, que es trinquete para pelota. Á la pelota llaman ullamalitzli; la cual se hace de la goma de ulli, que es un árbol que nace en tierras calientes, y que punzado llora unas gotas muy gordas y muy blancas, y que muy presto son cuajadas; las cuales juntas, mezcladas y tratadas, se vuelven negras más que

la pez, y no tiznan. De aquella redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balón ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puédele dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, á más ó menos, como quien son los jugadores. También juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mismos, como hacen al patolli, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero más ancha de arriba que abajo, y más alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénelo siempre muy encalado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serían las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladrón ó adúltero, ó que moriría presto. Cada trinquete es templo, porque ponían dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes más bajas, á la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y en medio del suelo hacían otras tales, can-

tando romances y canciones que para ello tenían, y luego venía un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podían jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al ídolo: tanto eran supersticiosos. Á este juego llevaba Motezuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni más ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico

Motezuma tenía otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ca es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venían los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio ó solaz, y era de esta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendían una gran estera en el patio de palacio, y encima de ella ponían dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; más táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algún romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victo-